



REVISTA QUINCENAL ILUSTRADA.

ADMINISTRACION: Librería de la Inmaculada Concepcion, calle del
Buensuceso, n.º 13, Barcelona.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En España é islas adyacentes.	14 pesetas al año.
En Cuba y Puerto-Rico. . .	17 id. id.
En las islas Filipinas. . .	20 id. id.
En Portugal.	5200 reis id.
En Francia, Argelia y Bélgica.	16 francos id.
En las repúblicas de América.	25 pesetas id.

ADVERTENCIAS.

No se admiten suscripciones por menos de un semestre en España, y de un año en Ultramar y Extranjero, comenzando siempre por enero.

No se atenderá suscripción alguna cuyo importe no se haya anticipado por medio de libranza, letra de fácil cobro, ó de otro modo fácil y seguro.

Los números sueltos se venden á 3 rs.

SUMARIO DE ESTE NÚMERO.

TEXTO.—BULGARIA.—Trabajos de los Padres Resurreccionistas, pág. 81.—CHINA: Poblacion de la China: conversion de un protestante, 82.—TUNG-KING: Fervor de los indigenas: documento curioso, 83.—*El Fetiquismo, ó religion de los negros de la Guinea* (continuacion), 88.—ÁFRICA OCCIDENTAL: Misiones españolas del golfo de Guinea, 92.—CRÓNICA: España, Roma, Inglaterra, Ke-sen, Oran, Noticias varias, 95.

—A TRAVÉS DE LA PALESTINA: Sarepta, 97.—Apuntes históricos sobre la fundacion del Colegio de san Carlos y sus Misiones en la provincia de Santa Fe: II, 98.—La toma de Jartum y el Sr. Comboni.

FOLLETIN.—Viaje biblico en Oriente (Pliego 40 del tomo 2.º)

GRABADOS.—Plaza de Andohalo en Tananarive, 81.—Vista de Andrinópolis, 85.—El puente sumergido, 89.—Cabaña y utensilios diversos del Zanguebar, 93.—Vista de Sarepta, pág. 97.

Un joven se encontraba en una fria noche de invierno á la entrada de un bosque, cuyo solo aspecto inspiraba terror.

Corpulentos árboles con la corteza amarillenta y las ramas sin hojas; espesas cepas nudosas, á cuyos piés crecía la espina; estrechos y sinuosos caminos, erizados de guijarros que se bifurcaban y volvían á juntarse de nuevo, como los hilos de una enlazarada reddecilla, y escaramujos; eso era todo lo que allí se encontraba.

El joven caminaba de prisa: una visible preocupacion oscurecía su frente y absorbía todo su pensamiento; puesto que no advirtió que á medida que avanzaba, los árboles y los arbustos se aproximaban unos á otros lo mismo que los caminos.

Y continuaba siempre avanzando.

Pero muy luego, desesperando poder salir del laberinto en que se habia metido, se dejó caer al suelo sin fuerzas.

Permaneció mucho tiempo así, porque el frio habia helado sus tímidos miembros. El cansancio de una larga marcha habia concluido con todas sus fuerzas, y el hambre habia torturado su estómago.

De repente, el dolor obligó á lanzar un ¡ay! que repitió el eco á lo lejos.

Alzó la cabeza, y se encontró con que tenia delante tres hombres á quienes no habia visto ni sentido venir.

Tembló; la mirada de aquellos tres hombres se posaba con fijeza sobre la suya.

Llevaba uno un traje de tela de oro ceñido al cuerpo por un cinturón, cuyo broche producía un brillo fosforescente; de su lado izquierdo pendía una espada. El segundo llevaba un traje negro y un cinturón encarnado. El tercero una túnica azul y un cinturón de cuero, y en la mano un hacha en la que se apoyaba.

—¿Qué haces ahí?—dijeron á un mismo tiempo los tres compañeros.

—Estoy agonizando—contestó el joven;—tened piedad de mí.

—¿Qué quieres?—exclamaron los tres.

—Salir lo antes posible de este maldito bosque.

—Escoge de entre nosotros el que haya de acompañarte; pues te hace falta tan sólo un guía, y tú eres el que debes designarlo.

El joven dió un vistazo á cada uno de aquellos tres hombres, que esperaban en silencio el resultado del exámen, y le llamó la atención el que estaba vestido con el traje de oro, porque los rayos de luz que despedía iluminaban el espacio.

—Te escojo á ti—repuso el joven.

Una extraña sonrisa se dibujó entonces en los frios labios del desconocido, y tendió la mano al joven, al mismo tiempo que sus dos compañeros desaparecieron como una vision.

Mudo de terror, agarró el joven la mano de su guía, y partieron.

¡Qué marcha más rápida aquella!

Desaparecían los árboles todos tras ellos, y resonaba de continuo el ruido de sus pasos: sin embargo, habia transcurrido una hora, y se hallaban aún en el bosque.

—¡Ay, qué cansado estoy!—murmuró el joven, deteniéndose en una encrucijada formada por la reunion de varios caminos.

—El camino es todavía largo, y nuestras piernas son demasiado endebles para conducirnos hasta el final; pero pronto va á pasar por aquí un viajero á caballo. Toma esta espada; cuando lo tengas cerca, atraviésale el corazón con ella y apodérate de su caballo, sobre el que montaremos los dos.

—¿Qué horror! ¿Quién eres tú entonces, quién eres, dime, qué tales cosas me aconsejas?

—El Crimen—contestó el desconocido.

—¡Vete, vete!—le dijo el joven—y cayó en tierra.

Se oyó una carcajada infernal; y se quedó el joven solo.

(1) Este artículo está tomado del *Obrero católico*, semanario que anunciamos en el número anterior, y que nos hacemos un deber de recomendar, pues es de toda confianza y excelente para la propaganda católica entre la desvalida y vilmente engañada clase obrera. Suscribese por 20 reales al año en la imprenta de San José, Manresa.

Se levantó, y al hacerlo, se encontró con los otros dos compañeros.

—¿Qué haces ahí?—le preguntaron.

—Agonizando—contestó el joven;—tened piedad de mí.

—¿Qué quieres?

—Salir lo antes posible de esta maldita selva.

—Escoge de entre los dos uno que te acompañe; porque te hace falta un guía, y debes escogerlo tú.

Y el joven echó una mirada á aquellos dos hombres, fijando su atención en el que iba vestido de negro y llevaba cinturón rojo.

—Te escojo á ti—contestó.

Y entonces el desconocido, sin decir una palabra, se sonrió y alargó la mano al joven, mientras que su compañero desaparecía como una vision.

Mudo de terror, agarró el joven la mano de su guía y partieron.

Marcharon durante una hora y llegaron al borde de un abismo, de donde salían gritos y sollozos.

—¡Ay, qué cansado estoy!—murmuró el joven deteniéndose.

—Aún es largo el camino, y nuestras piernas son demasiado endebles para llevarnos hasta su conclusion; por lo tanto te he traído aquí para ofrecerte el único medio de salir de esta selva. En el fondo de este abismo se halla la muerte, que libra de todas las penas.

—¿Qué horror! ¿Pero quién eres tú que me aconsejas esto?

—La Desesperacion—contestó el desconocido.

Se oyó entonces una carcajada infernal, y el joven se quedó solo.

Se levantó y se encontró delante con el tercero de aquellos compañeros.

Al acordarse de los nombres de los otros, trató de huir; pero el desconocido le detuvo:

—Ven conmigo; el camino es todavía largo; pero Dios ayuda al que sufre.

El joven le miró y le tendió igualmente la mano; pero el desconocido se contentó con marchar paso á paso delante de él. Con ayuda del hacha que llevaba se abrió camino, derribando los árboles que le impedían seguir su marcha, y luego dijo al joven:

—Échate á cuestras uno de esos árboles.

Y el joven obedeció.

Aunque se hallaba muy cansado, apenas si sentía el peso de la carga que llevaba.

A fuerza de hachazos el desconocido llegó, seguido del joven, á la linde del bosque, apareciendo ante sus ojos una vasta llanura, en medio de la cual habia un castillo.

Entonces el desconocido dijo al joven:

—La selva que has atravesado es la de la Miseria. Acuérdate de ella, y ahora echa la carga al suelo.

El joven así lo hizo; pero al caer, el tronco se convirtió en un chorro de monedas de oro.

—¿Quién eres tú que me aconsejas tan bien?—preguntó el joven, que no salía de su estupor.

—Soy el Trabajo—contestó el compañero.

R. G.

DICHO EDIFICANTE DE SANTA TERESA DE JESUS.

—Vete

Y digo así que si me diesen cual quiero más, estar con todos los trabajos del mundo hasta el fin de él, y despues subir un poquito mas en gloria, ó sin ninguno irme á un poco de gloria mas baja, que de muy buena gana tomaría todos los trabajos por un tantito de gozar mas de entender las grandezas de Dios; pues veo quien mas lo entiende, mas le ama y le alaba. (Santa Teresa de Jesús, V. c. 36.)

Este dicho y hecho de Sta. Teresa de Jesús es sin duda alguna uno de los que menos comprendemos los que no tenemos fe

viva y no conocemos el mérito que está encerrado en los trabajos y la grandeza de la gloria que con estos se alcanza.

No sólo no amamos los trabajos del mundo, inevitables á todos los descendientes de Adán, sino que nos esforzamos por librarnos de ellos. Y si pudiéramos vivir sin trabajos en este valle de lágrimas, y aun estando sujetos á ellos y no pudiendo evitarlos, muchísimos serían que no suspirarían por otro mundo mejor, y con contento aceptarían la perpetuidad de esta vida miserable. ¡Tan apegado está el corazón humano á las cosas perecederas y tan apagadas tiene las ansias del cielo!

Muchas veces hemos oído con horror y espanto y profunda compasión este lenguaje:

«Yo de buena gana firmaría escritura perpetua para vivir y pasar como vivo y estoy.» ¡Infelices! No conocen ó aparentan no conocer que si para algo es buena esta vida temporal es sólo para ganar la eterna. Y si se quitase de este destierro la esperanza de otra vida mejor, ó sea de aquella vida de arriba que es la vida verdadera, este mundo sería un infierno anticipado sin tener lugar de descanso el espíritu, ni para desahogarse ni espaciarse.

Toda esta desgracia digna de ser llorada con lágrimas de sangre, proviene, como observa la profunda doctora Sta. Teresa de Jesús, de que no amamos á Dios, y no le amamos porque no le conocemos ni entendemos sus grandezas. A la manera que al niño que no ha salido de una aldea ni ha oído hablar de otras ciudades y villas más hermosas, no se le aviva el deseo de verlas y se contenta con lo que ve, y se persuade que ya no es posible hallar cosa mejor en el mundo, así el hombre sin fe, se contenta con el goce que le proporcionan las cosas sensibles: á ellas ama, en ellas pone toda su felicidad y no se cuida ni suspira por los bienes del cielo.

En los cristianos, que tienen lumbre de fe, pero no fe viva, el daño procede de que no meditan estas verdades eternas; y les sucede lo que al pobrecito que se le ha dejado rica herencia, pero que no lee los títulos que le declaran el legado, y se queda sin deseárselo, ó á lo menos sólo en confuso lo aprende, y no le mueve como á quien lo lee y se entera con detención de ello, que son los que meditando las verdades eternas avivan la fe.

Nótese que la Seráfica Virgen escoge de buena gana pasar no algunos trabajos, sino *todos* los trabajos del mundo, y no por algunos días, sino hasta la fin del mundo con tal de poder lograr un tantito más de gozar de Dios entendiendo sus grandezas, y amar y alabar por subir un poquito más en gloria.

Qué motivos de confusión hallamos en este dicho de la Santa nosotros que nos contentamos con un rinconcito del cielo, y que no deseamos subir un poquito más en gloria, si no nos damos por satisfechos con entrar justitos en el cielo! Bien se exponen á perderse del todo los que con tan justa entrada se contentan, pues nuestra condición es tal que, si no apuntamos á lo más alto no daremos en el blanco; si no pedimos y pretendemos más de lo justo no llegaremos á la precisa obligación.

La felicidad y el mérito que se hallan en los trabajos de esta vida sólo los conocen los amantes de la cruz de Cristo. Cruz busquemos, cruz deseemos y jay de nosotros el día que nos falte! exclaman con la Santa del morir ó padecer. Mas los mundanos al contrario dicen: Cruz evitemos, cruz quitemos de nuestros hombros, porque jay de nosotros el día que nos veamos forzados á llevarla! Si considerásemos que con estos trabajos nos labramos una gloria y un reino eternos, y más vivamente deseáramos nuestra eterna felicidad, pediríamos al Señor con el pan de cada día, la cruz de cada día también, y con el Apóstol exclamaríamos: «No permita Dios que me glorie sino es en la cruz de Jesucristo mi Señor.» Oh cuánto consuela al alma fiel el exclamar en los trabajos: Espera, alma mía, y no desmayes en tu camino real de la cruz, porque cada uno de estos trabajos momentáneos que sufres, ha de proporcionarte un grado más de gloria y de gozo de entender más las grandezas de Dios. Todo trabajo se pasa, menos el premio que se gana de él, porque será eterno.

Mas oigamos á la Santa que está sabrosa en este punto, y digamos con verdad lo que ella confesaba en su profunda humildad.

«No digo que me contentaría y tendría por muy venturosa de estar en el cielo, aunque fuese en el más bajo lugar, pues quien tal le tenía en el infierno, harta misericordia me hacía con esto el Señor, y plegue á Su Majestad vaya yo allá, y no mire mis grandes pecados. Lo que digo es, prosigue la Santa, que aunque fuese á gran costa mía, si pudiese, que el Señor me diese gracia para trabajar mucho, no querría por mi culpa perder nada. ¡Miserable de mí que con mis culpas lo tenía perdido todo!»

¡Miserables de nosotros con justicia debemos exclamar, que con nuestras culpas lo tenemos perdido todo! Y aun estamos mano sobre mano sin trabajar en la viña del Señor, y por nuestras culpas, á pesar que el Señor nos da su gracia para trabajar, nada hacemos de provecho, y aun lo que es peor estorbamos muchas veces á los que trabajan! Que por cierto no es el menor trabajo para los que trabajan por la gloria de Dios, la contradicción y trabajos que vienen de parte de los buenos.

Y concluye la bendita Santa desatinada de amor, dando en todo su seso estas quejas á Su Majestad, porque todo se lo sufría el Señor: «Es cierto, que yo me he regalado hoy con el Señor, y atrevido á quejarme de Su Majestad, y le he dicho: ¿Cómo, Dios mío, que no basta que me teneis en esta miserable vida y que por amor de Vos paso por ello, y quiero vivir á donde todo es embarazo para no gozaros, sino que he de comer y dormir y negociar y tratar con todos, y todo lo paso por amor de Vos? Pues bien sabéis, Señor mío, que me es tormento grandísimo y que tan poquitos ratos como me quedan ahora de Vos, os me escondáis. ¿Cómo se compadece esto en vuestra misericordia? ¿Cómo lo puede sufrir el amor que me teneis? Creo, Señor, que si fuera posible poderme esconder yo de Vos, como Vos de mí, que pienso y creo del amor que me teneis, que no lo sufriríades: mas estais os Vos conmigo, y veisme siempre; no se sufre esto, Señor mío, suplicoos mireis, que se hace agravio á quien tanto os ama... Esto y otras cosas me ha acaecido decir, y todo me lo sufre el Señor: alabado sea tan buen Rey. ¿Llegáramos á los de la tierra con estos atrevimientos?...» No, Santa mía, de mi corazón; porque no entienden los desatinos amorosos del alma que sabe sufrir y trabajar, y padecer y morir por el amado. Ojalá te imitemos en el amor y en los trabajos para con ellos subir un tantito más en gloria y amar y alabar más al Señor,

E. de O.

(Revista de Santa Teresa.)

HOJAS DE UN LIBRO.

¿Quién de nosotros no se ha sentido alguna vez sin ánimo para decir alguna palabra afable, para anticiparse á saludar, para decir generosamente perdon..... cuando comprendía la necesidad de decir aquella palabra, de hacer aquel saludo, de pedir aquel perdon?

Diríase que en aquel momento una fuerza terrible, pesando sobre el corazón, le impide ser bueno como él siente que *puede* y *debe* serlo.

¡Oh, qué desgarrador es este estado de un corazón que le parece no puede obrar! Yo comprendo que he mortificado á mi amigo, á mi madre tal vez; comprendo que una simple palabra de afecto, una simple demostración, un apretón de manos, una mirada suplicante, bastaría para que todo se olvidase..... ¡Y no me determino á eso poco! ¡Y á pesar mío en algún modo me estoy en mi diferencia ó mi orgullo!

* * *

¡Dios mío! Parece como si en esos momentos estuviéramos entregados al poder del demonio, y que ese espíritu de tinieblas, antes de empujarnos al mal, intenta paralizar nuestras fuerzas impidiéndonos hacer el bien!

¡Ah, cuando nos sentimos de esa manera duros y fríos, echemos una mirada sobre nuestra conducta, y con toda seguridad veremos que aquella valla de deberes continuos que Dios ha

colocado en derredor de nuestra alma para defenderla, la hemos roto por muchas partes.

El demonio no ha podido entrar todavía porque el rompimiento no ha sido grave; pero ha hecho penetrar su soplo glacial que ha llegado al corazón y le ha paralizado; el corazón sin acción engendra el disgusto y el mal humor; el disgusto produce la ociosidad y el despecho; la ociosidad trae consigo la ruina del deber, y, despreciado el deber, ó simplemente desconocido, el alma queda sola, sola como en un desierto durante la noche.

¡Oh! No dejemos el menor intervalo entre nuestros deberes. Que un deber se encadena con otro, como se entrelazan las ramas de un vallado, como se encajan uno en otro los eslabones de una cadena. Trabajemos, oremos, volvamos á trabajar y á orar, y nuestro corazón conservará siempre su frescura y su amabilidad.

La pureza dilata el alma, la ensancha y hace florecer: es la primavera.

El vicio la estrecha, la entristece, la marchita: es el invierno, ó tal vez el soplo del demonio, que pasa.

RECETA PARA CONFUNDIR INCRÉDULOS Y ATEOS.

En el palacio de la princesa de Lorena se reunía con frecuencia una tertulia, compuesta generalmente de las personas más distinguidas por su ilustración, virtudes y alta posición.

Un día fué introducido á esta sociedad el célebre M. D'Alembert, gran amigo y colaborador de Voltaire, que tenía sus mismas doctrinas y que deseaba propagarlas entre personas tan distinguidas.

A las pocas reuniones, M. D'Alembert se vanaglorió públicamente de sus opiniones religiosas, diciendo:

—Yo soy el único en este palacio que no cree ni adora á Dios.

Justamente ofendida la princesa de Lorena con una imprudencia tan desvergonzada, le replicó al instante:

—No, señor, no es usted el único en este palacio que no cree ni adora á Dios.

—Y ¿quiénes son, señora, y dónde están?

—Son todos los caballos y perros que están en las caballerizas y patios de este palacio.

—¿Conque así me igualais con los irracionales?

—No, señor, porque aunque ellos tengan igual desgracia de no conocer ni adorar al Sér Supremo, no tienen, sin embargo, la imprudencia de vanagloriarse de ello.

El corresponsal romano de *L' Osservatore Cattolico* da respecto de la próxima Encíclica de Su Santidad, los informes siguientes:

«Este nuevo acto del Romano Pontífice será de suma importancia para los católicos militantes de los tiempos actuales. El Papa tiende á suprimir las causas que siembran tantas divisiones entre los católicos, especialmente en Francia é Italia. Y como los principios sociales sofisticados del catolicismo liberal son la causa principal de estas divisiones, la Encíclica establecerá cuáles son los principios fundamentales que deben abrazar y defender los católicos, los límites en que pueden ser aceptadas las ideas modernas, las relaciones que deben mediar entre la Iglesia y el Estado, y la oposición absoluta, el abismo que separa el espíritu católico del revolucionario.

«La Encíclica constará así de dos partes relacionadas entre sí y destinadas ambas á iluminar los espíritus de los católicos, disipando las espesas nubes amontonadas sobre las doctrinas por el filosofismo y el liberalismo. No es necesario decir que las bases de la Encíclica son las doctrinas del *Syllabus*, y que desaparecerán todos los pretextos del catolicismo liberal refugiado al abrigo de la fórmula: la tesis y la hipótesis. Esta fórmula, que puede tener un justo sentido á condición de ser explicada según los justos principios del puro catolicismo, y de la cual se ha abusado en mal sentido en Malinas y otras partes, será determinada con autoridad, conforme á las doctrinas del *Syllabus*».

El corresponsal termina diciendo que la próxima Encíclica tendrá en el campo político-religioso tanta importancia como tuvo la Encíclica *Aeterni Patris* en el campo filosófico.

Imp. de F. Bertran, Pelayo, 60, bajos (interior).

OBRAS EN VENTA EN LA MISMA LIBRERÍA.

ALBUM DE LOS PAPAS, 10 duros. Interesante y lujosa obra en la que van contenidos **258** retratos de los Papas desde S. Pedro á Leon XIII.

Mes de Marzo consagrado al glorioso Patriarca san José, esposo de la Virgen María, compuesto por el docto y piadoso sacerdote *José Marconi*.—Traducción de la octava edición italiana. La ofrece á la piedad cristiana un Devoto del Santo.—Encuadernado en percalina en 8.º á 1 peseta 25 céntimos.

Officium Hebdomadæ Sanctæ, etc.—Un volumen en 24.º, á dos tintas, 5 pesetas en chagrin.

Officium Hebdomadæ Sanctæ, etc., cum cantu emendato. Un volumen en 8.º, á dos tintas, 8 pesetas encuadernado.

Meditationes de Jesuchristo ejusque S. S. Corde utriusque cleri sacerdotibus propositæ a *P. Emm. Bottaglia* S. J.—Un volumen en 18.º á 4 pesetas en rústica.

De ecclesiasticorum vita, moribus et officiis libri tres, auctore *R. P. Schevichario Ainhemio* S. J. doct. theol.—Dos volúmenes en 18.º, 6 pesetas en rústica.

Cuvellier, M., S. J., Meditationes brevissimæ in usum Sacerdotum, Religiosorum, Missionariorum iter agentium, etc., in totum annum distributæ.—Un tomo en 18.º, 1 peseta 50 céntimos.

Ciencia del Crucifijo, (La) meditaciones para el tiempo de la vida y de la muerte, por el *R. P. Pedro Marie* de la Compañía de Jesús. Obra revisada y corregida por el *P. Grou* de la misma Com-

pañía.—Un tomo en 16.º encuadernado en percalina, 1 peseta y 50 céntimos en rústica.

Ciencia práctica del Crucifijo, (La) en el uso de los sacramentos de la Penitencia y Eucaristía, continuación del libro titulado *La Ciencia del Crucifijo*, por el *R. P. Grou* de la Compañía de Jesús.—Un tomo en 16.º encuadernado en percalina, 1 pta. y 50 céntimos en rústica.

El Obrero católico. Revista semanal escrita por y para la clase obrera. (Con licencia.—Año tercero). **20** reales al año.—Por corresponsal, **22**. Redacción y administración: Imprenta de San José, Manresa (Barcelona).—No se admiten suscripciones para menos de un año.—El pago, que ha de ser anticipado, puede hacerse en sellos de cartas.—El año editorial empieza por San José.—Se mandará un número de muestra á quien lo solicite. Se suscribe en esta casa.

Cuentos de los Angeles (Los) del *R. P. Federico Guillermo Faber*.—Un tomo en 12.º encuadernado en percalina 1 peseta, con planchas y dorados.

Libro de oro de los niños. La primera comunión, por *Madame Leon Gautier*, precedida de una carta de Mons. Mermillod, traducida por D.ª Josefina Pirelló, profesora elemental y superior.—Un tomo en 12.º encuadernado en percalina, 1 peseta, con planchas y dorados.

Piloto divino (El) ó sea Recuerdo de la Mision y primera Comunión. Devocionario completo por *Don Bernardo Vergés*, Pbro., misionero apostólico.—Un tomo en 16.º encuadernado en percalina con plancha dorada, á 25 céntimos de peseta.